

Juan Álvarez (1878-1954). Elementos para una biografía intelectual

Mario Glück

Mario Glück es Docente de la Facultad de Ciencia Política y RRH de la Universidad Nacional de Rosario y de la Facultad de Trabajo Social de la Universidad Nacional de Entre Ríos.
e-mail: mgluck@unr.edu.ar

Este artículo es una versión corregida de una ponencia presentada en las XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia, en la Universidad Nacional de Tucumán, septiembre de 2007. Agradezco las generosas observaciones de Agustina Prieto, Nora Pagano y Carlos Altamirano, y los señalamientos, más que pertinentes, de los árbitros de Estudios Sociales.

Resumen

En este artículo intentamos reconstruir parcialmente la biografía intelectual de Juan Álvarez. Particularmente nos centramos en dos cuestiones: por un lado, su lugar en la ciudad de Rosario; y por otro su trayectoria como intelectual en el ámbito nacional. El primer aspecto se refiere a la relación entre las elites locales y los intelectuales, y la relación de Juan Álvarez con ambos; el segundo a la inserción que tuvo en el campo intelectual, especialmente entre los historiadores.

Summary

In this article we try to reconstruct Juan Álvarez's intellectual biography partially. Particularly we will be centered in two questions: on one hand, his place in Rosario City; and on the other hand, his trajectory as intellectual in the national scope. The first aspect talks about the relationship between the local elites and the intellectuals, and Juan Alvarez's relationship with both; the second aspect shows the insertion that he had in the intellectual field, particularly between the historians.

INTRODUCCIÓN

Juan Álvarez, ha sido considerado un precursor de la historia económica y social¹ y de una forma científica de hacer historia local y regional. Así, se ha construido un amplio consenso interpretativo de historiadores liberales, revisionistas, marxistas, sociales y la historiografía académica actual.

Por otro lado para la ciudad de Rosario, se ha convertido en una suerte de prócer intelectual. Esto ocurre en la memoria colectiva de la elite, y en el ámbito historiográfico, en todas sus corrientes². Todos los historiadores que tomaron como objeto de estudio la ciudad o la región, han estudiado o revisado su *Historia de Rosario* como obra de referencia.

Más allá de esta coincidencia en el campo historiográfico, Tulio Halperin Donghi³ advertía que el acento puesto por Álvarez en la historia económica, no era novedoso ni exclusivo en su tiempo, lo que sí era original era su búsqueda en el pasado de claves interpretativas del presente.

Esta interpretación de Halperin Donghi, puede ser considerada correcta si enmarcamos la obra de Álvarez en el campo de la historiografía. Nuestra hipótesis es que la historia, el derecho, la economía, y la sociología, y, en un sentido amplio, la investigación y la escritura, fueron herramientas que el autor utilizó, indistintamente para una búsqueda de respuestas a los problemas de su presente.

Con estos presupuestos trataremos de reconstruir la figura de Juan Álvarez, en el complejo haz de relaciones que lo constituyeron, utilizando como recurso la biografía intelectual. En el análisis de este recorrido focalizaremos tres aspectos:

¹ Es el caso, entre otros de Jorge Myers que ubica a Álvarez en la primera sistematización de la práctica historiográfica dentro del paradigma positivista. Entre 1890 y 1900, según este autor, hay una renovación temática y se exploran nuevas zonas de investigación: «el diálogo con la sociología iniciado por José María Ramos Mejía, permitió a los historiadores constituir «lo social» por primera vez en un objeto central para la investigación histórica, mientras que, de un modo semejante, la temprana obra de Juan Álvarez dio inicio a la exploración de los fenómenos de orden económico». Jorge Myers, «Pasados en pugna: la difícil renovación del campo histórico entre 1930 y 1955», en: Mariano Plotkin y Federico Neiburg, *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*, Buenos Aires, Paidós, 2004, p. 68.

² Para un análisis minucioso sobre las interpretaciones historiográficas de Juan Álvarez ver Oscar Videla, «Algunas miradas sobre la obra historiográfica de Juan Álvarez». Ponencia presentada en *Segundas Jornadas de Historia e Integración Cultural del Cono Sur*. Instituto de Historia Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Autónoma de Entre Ríos, octubre de 2005.

³ Tulio Halperin Donghi, «Juan Álvarez, Historiador», en: Tulio Halperin Donghi, *Ensayos de historiografía*, Buenos Aires, Ediciones El cielo por Asalto-Imago Mundi, 1996. El artículo fue publicado por primera vez en la revista *Sur* en 1955, y, como señala Jorge Myers, pese a su brevedad sigue constituyendo la visión más importante del conjunto de la obra de Álvarez.

su formación, tanto académica como familiar; la ciudad de Rosario, como el lugar desde el cual proyectó su figura; y su inserción en el campo cultural de su época.

LA FORMACIÓN

La familia

Juan Álvarez, nació en Gualeguaychú, provincia de Entre Ríos en 1878, en el seno de una familia de inmigrantes españoles. Su padre, Serafín Álvarez, era un exiliado republicano, que fundó una verdadera dinastía de intelectuales y profesionales, entre quienes podemos mencionar al propio Juan Álvarez, y a su hermano el médico higienista Clemente. La dinastía continuó con los hijos y nietos de estos últimos, constituyéndose en una de las familias prominentes de la ciudad.

Como ha sido señalado, los Álvarez⁴ lograron prestigio y figuración dentro de la elite local sobre la base de su éxito profesional e intelectual. Esta forma de lograr prestigio distinguía a la familia, en un medio donde la cualidad más valorada era el talento para los negocios.

Serafín Álvarez se exilió dos veces de España (una en 1868 y otra definitiva en 1875), por su postura de republicano radical. Su periplo argentino se inició en Concepción del Uruguay, donde inmediatamente fue elegido director de la escuela N° 1, trasladado luego a Gualeguaychú se convirtió en el director y fundador del Colegio Nacional. Hacia 1880 se mudó a Buenos Aires en donde instaló un bufete con otros abogados españoles como Rafael Calzada y José Paúl y Angulo, fundando junto con Calzada la primera *Revista de Tribunales*. Se trasladó a Santa Fe en 1887, cuando el gobernador José Gálvez le ofreció el cargo de Juez de Primera Instancia, iniciando una carrera judicial en la capital provincial que la continuó en Rosario⁵.

Su trayectoria fue similar a la de otros inmigrantes exiliados de la primera Re-

⁴ Éliida Sonzogni y Gabriela Dalla Corte, «Los Álvarez: una familia ilustrada de Rosario entre dos siglos», en: E. Sonzogni y G. Dalla Corte (comps.): *Intelectuales rosarinos entre dos siglos. Clemente, Serafín y Juan Álvarez. Identidad local y esfera pública*, Rosario, Ed. Prohistoria y Manuel Suárez Editor, 2000.

⁵ Sobre Serafín Álvarez ver: Hugo Biaggini, *Intelectuales y políticos españoles a comienzos de la inmigración masiva*, Buenos Aires, CEAL, 1995. Graciela Hayes, «Consideraciones acerca de la obra de Serafín Álvarez en su etapa hispánica»; Gabriela Dalla Corte, «El poder judicial de la Argentina en los albores del siglo XX: Derecho y Administración en la doctrina de Serafín Álvarez»; y «Un espacio judicial para el derecho natural: Doctrina y sentencias en el contexto de formación del Estado», en: E. Sonzogni y G. Dalla Corte (comps.), op. cit.

pública como Rafael Calzada, Carlos Malagarriga y J. Daniel Infante⁶. Se trata de emigrados políticos, previos a la inmigración masiva, que se insertaron rápidamente en el mundo profesional, político y empresarial de la Argentina. Como señala Ángel Duarte, construyeron una amplia red de relaciones tanto con políticos del régimen oligárquico como con la oposición socialista o radical, a través de sus propias instituciones étnicas, la prensa y la masonería⁷.

Serafin Álvarez, dejó como herencia a su familia y, particularmente a su hijo Juan, un capital simbólico de múltiples dimensiones. La disponibilidad de una formación intelectual propia de un liberal decimonónico, el mandato de construir una carrera profesional, y una red de relaciones importantes en el mundo cultural y político.

Juan Álvarez fue tributario de la herencia de su padre, su primer trabajo fue en el estudio de Rafael Calzada y desarrolló una carrera judicial, en el fuero federal, desde el modesto cargo de escribano de diligencias, pasando por el de juez, camarista y Procurador General de la Nación.

La universidad

Su formación educativa se inició en el Colegio Nacional de Rosario⁸ y se recibió de maestro en la Escuela Normal en Santa Fe. Pero el lugar donde claramente empezó a desarrollarse como intelectual fue la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, doctorándose en jurisprudencia en 1898⁹. Entre sus compañeros de promoción encontramos a Carlos Ibarguren, Ricardo Marcó del Pont y Miguel Cané (h) y entre sus profesores Bartolomé Mitre, Juan Agustín García, Bernardo de Irigoyen y Raymundo Wilmart.

⁶ Sobre Rafael Calzada y Carlos Malagarriga ver: Ángel Duarte, *La república del emigrante. La cultura política de los españoles en la Argentina (1875-1910)*, Lleida, Editorial Milenio, 1998. Sobre J. Daniel Infante, Patricia Pasquali, *J. Daniel Infante*, Rosario, Editorial Municipal, 1995. También ver: Mario Glück - Agustina Prieto, «Crónica de un retorno frustrado: el viaje de J. Daniel Infante a España a principios del siglo XX». Ponencia presentada en el 1º Encuentro *Las Metáforas del Viaje y sus Imágenes. La Literatura de Viajeros como Problema*, Rosario, agosto de 2002.

⁷ Ángel Duarte, *La coartada republicana. Ensayos de liderazgo político en la colonia española a inicios del siglo XX*, Rosario, 2000, mimeo.

⁸ Como veremos más adelante el Colegio Nacional funcionaba como un espacio importante en la educación de la elite rosarina, y en el que abundaron iniciativas culturales llevadas adelante por profesores y alumnos.

⁹ La mayoría de los datos están extraídos del trabajo realizado por uno de sus secretarios el Profesor Alfredo Lovell: *Dr. Juan Álvarez Arqués*. Mimeo, s/f, s/ed. En el mismo, Lovell, se ocupó de hacer un listado del currículum de Álvarez y de toda su bibliografía.

El clima de ideas imperante en esa facultad era el del positivismo: los graduados en derecho eran pensados no sólo como intérpretes de la ley sino como dirigentes y analistas de la realidad nacional, diferenciados también de los políticos escritores como Mitre. Así lo revela Juan Agustín García, en un discurso de una promoción anterior a la de Álvarez:

«Yo llamo jurisconsulto, sociólogo, al hombre de inteligencia bien ponderada, que sabe pensar y pensar bien con energía, eficacia y poder sintético; que sabe atacar las dificultades de un problema con seguridad y exactitud de juicio, con un instrumento bien afilado, flexible, que penetre fácilmente por los más pequeños intersticios, que en su intuición lleve la luz hasta la misma esencia oculta de las cosas, que tenga la serenidad indispensable para sobreponerse a las propias y ajenas pasiones y considerar los problemas más arduos de un punto de vista elevado»¹⁰.

El discurso de García contiene dos términos que muestran la confianza en el saber científico como explicativo y aplicable a la solución de los problemas de la sociedad, y que parecen ser sinónimos: jurisconsulto y sociólogo. Al mismo tiempo enuncia un modelo distinto de graduado, más dedicado al estudio que a la acción política, como había sido hasta entonces. Este discurso fue recogido por los jóvenes graduados, así lo testimonia Ibarguren:

«Mi discurso, expresión de los ideales juveniles en la víspera de terminar el siglo XIX, sostuvo la necesidad de que nuestra generación en vez de dedicarse al campo ofuscador de la política –como lo habían hecho las anteriores– debía consagrarse al estudio de las ciencias sociales, porque la organización económica y social argentina era tan deficiente como primitiva. «Recojamos primero –dije– en el cultivo de las ciencias sociales sus grandes enseñanzas, y después los que se sientan halagados por las luchas de la vida cívica, que vayan a la liza llevando como bandera principios y anhelos económicos y sociales». *Teníamos absoluta fe en la ciencia, en la sociología que surgió entonces, en el progreso indefinido que se alcanzaría por los adelantos técnicos que harían felices a los pueblos*»¹¹.

¹⁰ *Facultad de Derecho y Ciencias Sociales: Discursos Académicos*, Buenos Aires, Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, 1911, p. 234.

¹¹ Carlos Ibarguren, *La historia que he vivido*, Buenos Aires, Ediciones Peuser, 1955, pp. 113-114. El subrayado es nuestro.

Coincidentemente con esto el representante de los profesores que dio el discurso de la promoción de Álvarez e Ibaguren, Baldomero Llerena, instaba a que los nuevos profesionales se alejaran de la política y los negocios, y cultivaran las ciencias, es decir que se transformaran en estudiosos que utilizaran las herramientas científicas para aportar al mejor funcionamiento de la sociedad¹².

Como señala Carlos Altamirano, refiriéndose al surgimiento de las ciencias sociales en la Argentina:

«Surge de este modo una nueva instancia de autoridad cultural, cuya base no radica en las fuentes de reputación intelectual que eran características de la elite ilustrada de la década de 1880 –la creación literaria, el ejercicio del periodismo o las demostraciones de elocuencia e ingenio en los debates cívicos o en los clubes de caballeros–, sino en el cultivo de un saber docto, definido académicamente y practicado según el modelo «desinteresado» de la investigación científica. En un medio intelectual que seguirá siendo, aún entrado el siglo XX, numéricamente reducido, comenzó a esbozarse así la diferenciación entre dos categorías de clerics, la de los *escritores* y la de los *profesores*»¹³.

Este modelo de autoridad intelectual fue seguido por Álvarez, ya que el mismo se situó por fuera de los negocios y de la política en sentido estricto, se posicionó como el analista y el formulador de propuestas de reformas política y económica, desde el saber científico. José Ingenieros se ubicaba en la misma posición, cuando hablaba del sociólogo socialista, entendiendo la sociología como una herramienta para el cambio social¹⁴. También los liberales reformistas como Joaquín V. González¹⁵, que le daban un papel relevante a los intelectuales y a la universidad, como los lugares de reflexión y estudio de las cuestiones que se estaban incorporando a la agenda del Estado. Álvarez no participó de los equipos de trabajo de González, pero

¹² *Facultad de Derecho y Ciencias Sociales: Discursos Académicos*, Buenos Aires, Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, 1911, p. 220.

¹³ Carlos Altamirano, «Entre el naturalismo y la psicología: el comienzo de la «ciencia social» en la Argentina», en: Mariano Plotkin y Federico Neiburg, op. cit., p. 35.

¹⁴ Sobre esta visión de Ingenieros ver Ricardo Falcón, «Los intelectuales y la política en la visión de José Ingenieros», en: *Anuario Escuela de Historia*, N° 11, Segunda época, Facultad de Humanidades, UNR, Rosario, 1985.

¹⁵ Ver Eduardo Zimmermann, «Los intelectuales, las ciencias sociales y el reformismo liberal: Argentina, 1890-1910», en: *Desarrollo Económico*, N° 124, IDES, Buenos Aires, enero-marzo, 1992.

estuvo vinculado a ellos a través de sus ex discípulos, y con el propio González y sobre todo de publicaciones como la *Revista Argentina de Ciencias Políticas*.

LA CIUDAD

Un intelectual en la ciudad mercantil

La vinculación con la elite local, nos puede dar una variable explicativa para entender las particularidades de la producción de Juan Álvarez. Formaba parte de la elite rosarina, y trabajó como una especie de experto, en la formulación de proyectos, también para ella.

Lo vemos así actuando en todas las realizaciones e instituciones que la elite promovió, para los festejos del Centenario. De esta manera, fue secretario de la Intendencia de Rosario en 1910, propuso la creación de la Biblioteca Argentina, de la que se constituyó en el primer director, dirigió el censo municipal de 1910 y participó de la creación, por parte de particulares, del hospital del Centenario. Más adelante, en 1911, fue delegado de la Bolsa de Comercio de Rosario en un Congreso nacional de la industria y el comercio, donde si bien figuró no participó activamente de las sesiones. Sin embargo, esa participación honoraria nos da una prueba más de su vinculación con la burguesía local y el prestigio que tenía entre ésta su figura.

Su inserción en la elite también la verificamos en los espacios de sociabilidad de los que formaba parte, como el Jockey Club, y sociedades filantrópicas como la Liga Argentina de lucha contra la Tuberculosis, y la sociedad Pro Cultura al Ciego. Cabe resaltar que, entre las entidades de las que fue miembro, estuvo la filial de la Liga Patriótica. Su constitución en la ciudad data de mayo de 1919, ante los temores de la elite local por las derivaciones imaginadas de la «Semana Trágica» en Rosario y en localidades vecinas¹⁶.

Álvarez organizó también sociedades culturales como «El Círculo», estrechamente vinculada a la biblioteca y en la que se dio cita lo más granado de los círculos profesionales y empresariales rosarinos, como lo señala Sandra Fernández:

¹⁶ Ver Luis María Caterina, *La Liga Patriótica Argentina. Un grupo de presión frente a las convulsiones sociales de la década del 20*, Buenos Aires, Corregidor, 1995, pp. 44-45 y 54-55. Entre los miembros de la Liga en Rosario estaban Lisandro de la Torre, Juan Cepeda, del partido Radical, y numerosos comerciantes y profesionales locales como Camilo Muniagurria, Fermín Lejarza, Nicanor D'Elía, Isidro Quiroga (que había sido intendente en 1910), Tomás Cerutti, etc... La reunión inaugural se hizo en los salones del Jockey Club, el 16/05/1919.

«Juan Álvarez y su grupo de pertenencia comprendieron que ese espacio podía permitir, a través de su solidez, no sólo una fuerte carga simbólica de legitimación en lo personal y en lo colectivo, sino también la solución de combinar los recursos genuinamente públicos con las expectativas privadas de imposición cultural y de consecución de diferenciación social»¹⁷.

En este caso la escritura, como señala Fernández, funcionaba como signo de prestigio del propio estilo burgués de vida, accesoria a la profesión que podría ser la de médico o abogado.

Si bien requeriría un estudio más detallado, que escapa a las limitaciones de este trabajo, podemos decir que en la ciudad no existía un «campo intelectual»¹⁸, en sentido estricto. El motivo de esto sería la escasa autonomía, con respecto a las élites locales, de aquellos que podían considerarse intelectuales, y la casi ausencia de espacios de sociabilidad propios en las primeras décadas del siglo XX.

Sin embargo, entre los letrados de la ciudad había un sector para el que la escritura estaba integrada o era el eje de su profesión. Se trata de abogados, médicos, pedagogos, periodistas y escritores, cuya producción circulaba por los numerosos y efímeros emprendimientos periodísticos¹⁹ locales, o ejercían funciones en la administración pública municipal y en la docencia. Como ha señalado Agustina Prieto este sector podría formar parte del campo intelectual, pero desde una ubicación periférica²⁰. Así, dentro de estos intelectuales locales, estaban aquellos que escribían en función del Estado, expresando al mismo tiempo ideas acerca de la sociedad y de la realidad argentina. Sus palabras, tenían la investidura de la

¹⁷ Sandra Fernández, «La arena pública de las ambiciones privadas. Relaciones sociales y asociacionismo en la difusión de la cultura burguesa: Juan Álvarez y El Círculo de Rosario (1912-1920)», en: *Revista Tierra Firme*, N° 78, Venezuela, Fundación Tierra Firme, 2002, pp. 229/247.

¹⁸ La noción de campo de Bourdieu, la aplicaremos al marco nacional, el «campo» como «polo de atracción», se encuentra en la «metrópolis», es decir en Buenos Aires. Cf. Pierre Bourdieu, «Campo intelectual y proyecto creador», ediciones varias; y «El campo científico», en: P. Bourdieu, *Los usos sociales de la ciencia*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2000.

¹⁹ Sobre el periodismo y los periódicos y revistas en Rosario, remitimos a los trabajos de Alejandro Eujanian y Sara San Román, «El papel de la prensa en la constitución de un orden urbano en Rosario a fines del siglo XIX. La Capital de Rosario 1890-1893», en: *Anuario de la Escuela de Historia*, N° 15, Facultad de Humanidades y Artes, UNR, Rosario, 1992; Agustina Prieto, «Emigración, política y anarquismo: La Censura (Rosario, 1897-1900)», en: *Cuadernos del CIESAL*, N° 6-7, año 6, Rosario, 1999-2000.

²⁰ Ver Agustina Prieto, «Florencio Sánchez en Rosario: anarquismo, política y periodismo y literatura en la periferia del campo intelectual del novecientos», en: *Entrepasados*, N° 16, Buenos Aires, 1999.

autoridad profesoral de los nuevos «cleros» que mencionaba Altamirano. Entre ellos encontramos a Juan Álvarez, Rafael Bielsa y los médicos higienistas Clemente Álvarez e Isidro Quiroga, entre otros.

Este grupo careció, hasta 1919, de una universidad, es decir del espacio que le podía consagrar la legitimidad de su autoridad. Al principio funcionaban como espacios proto académicos los tres colegios más importantes de la ciudad: el Nacional de Rosario, la Escuela de Comercio y la Escuela Industrial.

El primer proyecto de Universidad Nacional de Rosario, lo redactó Juan Álvarez, a instancias de la Bolsa de Comercio local, junto con un representante de la municipalidad, y otro de la misma bolsa en 1913, y fue presentado al congreso por Joaquín V. González. En el proyecto proponía hacer una nueva universidad tomando como base instituciones preexistentes como el Hospital Centenario y su Escuela de Medicina, la Escuela Nacional de Comercio, la Escuela Industrial de la Nación, la Escuela de Agricultura, el Colegio Nacional y la Biblioteca Argentina. Sobre sus objetivos argumentaba Álvarez:

«Una de las principales funciones que debe llenar la institución en el Rosario, consistirá en suprimir las dificultades que hoy emergen del hecho de no ser capital de provincia, y carecer por lo tanto de la orientación que aporta consigo la sede del gobierno para cuanto se relaciona con los intereses generales del país. *Hasta hoy, por deficiencias del sistema municipal, resulta que en la práctica son dos sociedades, la Bolsa y la Sociedad Rural, quienes velan porque el Rosario, ocupe en la nación el sitio que le corresponde; y es notorio que ambas deben casi siempre limitar sus iniciativas a los aspectos materiales... Se trata entonces de que los institutos universitarios a crearse, estén organizados de tal forma, que puedan congregarse en una especie de partido político neutral a todos los hombres de estudio y de pensamiento que hoy alberga la ciudad; y de esa suerte, actuando juntos suministren al Rosario el órgano de defensa que hoy le falta, y lo habiliten para forjar en el futuro sus destinos actuando como una entidad armónica en el orden nacional, del que hoy permanece un tanto alejado.* Más que la fabricación de doctores, tal es a mi juicio el problema que debe resolver para el Rosario la universidad en proyecto»²¹.

Hay aquí un elogio a la labor de instituciones específicamente burguesas como la Bolsa de Comercio y la Sociedad Rural, en tanto centinelas del espacio económico

²¹ Juan Álvarez, «El Rosario y la Universidad», *La Capital*, Rosario, 15/11/1917 el destacado es nuestro.

de la ciudad en el ámbito nacional. Pero plantea sus limitaciones, ya que se trata de defensores de intereses particulares. Parecería que la universidad para Álvarez tendría que suplir ciertas funciones estatales o más bien públicas, para las cuales el municipio ya resultaba insuficiente, y la provincia tenía una actitud de indiferencia.

En una carta a Carlos Ibaguren de 1913, ex condiscípulo suyo y Ministro de Instrucción Pública, reafirma los conceptos anteriores y agrega consideraciones que resultan significativas acerca de que función cumpliría la universidad:

«el eje de la futura universidad rosarina, ha de ser necesariamente la Facultad de Ciencias Comerciales y Económicas, so pena de mantener en estado embrionario y perdidos casi para el país, las especialísimas aptitudes del Rosario. [...] vamos en camino de que la consideren (se refiere a Rosario) los argentinos, como una simple factoría comercial. De semejante concepción no saldrá más de lo que ha salido ya en 1893 y en 1905: doscientos cincuenta mil habitantes llenos de quejas y preparados para todas las rebeliones»²².

El párrafo admite varias lecturas, si se las plantea desde un burgués rosarino expresaría la necesidad de contar con cuadros profesionales y dirigentes propios, y crear un nuevo símbolo de prestigio y poderío; desde un intelectual, podría pensarse como la búsqueda de un lugar de cierta independencia, desde el cual pensar la sociedad en función de una neutralidad tanto de la política como de los negocios²³. Sin embargo, el considerar como eje la Facultad de Ciencias Comerciales y Económicas, indica que también pensaba en que, las condiciones de posibilidad para la creación de ese espacio, sólo era posible en Rosario teniendo en cuenta las particularidades de su elite económica. Finalmente, en su argumentación frente al gobierno nacional, en este caso representado por Ibaguren, le advierte que la consideración de la ciudad como una *simple factoría*, sin adicionarle lo que podía

²² Carta a Carlos Ibaguren de agosto de 1913, Archivo Familia Álvarez. Citado en Aurora Ravina, «Nuevos Proyectos, nuevos miembros, nuevos tiempos», en: AAV: *La Junta de Historia y Numismática y el movimiento historiográfico en la Argentina*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1995, p. 85.

²³ Anteriormente a la formación de la Facultad de Medicina, se formó el Círculo Médico, que a su vez editó una revista que reunía a los principales profesionales de la ciudad y recogía colaboraciones científicas y reseñaba los últimos libros aparecidos sobre temáticas médicas. Sobre el tema ver Alejandra Raffo, «La *Revista médica del Rosario* como expresión de una nueva intelectualidad en la región (1910-1920)», Ponencia presentada en *Primeras Jornadas de Estudio sobre Rosario y su región. Viejos Problemas, nuevas perspectivas*, Rosario, UNR, octubre de 2003.

significar una universidad, podía generar movimientos como los de 1893 y 1905. Es decir, la creación de la Universidad Nacional de Rosario, en tanto demanda de las elites, podía ser un elemento que ayudara a la estabilidad política.

En 1919 se creó la Universidad Nacional del Litoral, que subsumió en parte el proyecto de 1913, pero incorporó la ciudad de Santa Fe, y sedes en las provincias de Entre Ríos y Corrientes. La sede Rosario, quedó con las Facultades de Matemáticas, Medicina, y Ciencias Económicas, Comerciales y Políticas. Juan Álvarez estuvo desde el principio en esta última Facultad, como Profesor Titular de Economía Política, y en el Consejo Directivo.

La Facultad de Ciencias Económicas, desde su fundación, desarrolló actividades investigativas, a través de los «Seminarios», y de difusión de las mismas a través de una revista, que recogía colaboraciones de los miembros de la casa, otras del ámbito nacional, y traducciones de materiales de Alemania, Francia e Inglaterra. También se incluía en la publicación un suplemento, donde se daban a conocer trabajos de investigación realizados por los alumnos en los seminarios y dirigidos por sus profesores. Estas actividades eran consideradas centrales en la vida de toda facultad, dado que:

«La jerarquía *substancial* de las facultades modernas está en razón directa con la elaboración científica, en primer lugar de sus seminarios e institutos, y en segundo lugar, de las investigaciones de sus profesores y estudiantes [...]

Las investigaciones científicas de catedráticos y alumnos no pueden permanecer aisladas del medio social en que actúan, ni de las necesidades de la ciencia. Precisamente, en los trabajos realizados se ha observado este postulado universitario, al encarar temas de palpitante actualidad, tanto para los estudiosos de las ciencias económico administrativas como para los que deban determinar directivas de política económico social»²⁴.

Uno de los profesores que dirigió investigaciones fue Juan Álvarez, sobre temas específicos de su cátedra. La Facultad y sus actividades legitimaban por fin el lugar de autoridad profesoral que Álvarez había recibido como imperativo en sus estudios en Buenos Aires, y que no tenía hasta hacía algunos años.

Al mismo tiempo, esta Facultad tuvo una vinculación inicial importante con la burguesía local, como el caso del banquero y comerciante catalán Miguel Mon-

²⁴ Trabajos de seminario tomo VII. Universidad Nacional del Litoral Facultad de Ciencias Económicas, Comerciales y Políticas. Rosario, 1932, p. 229.

serrat²⁵, quien no exhibía títulos ni trayectoria académica alguna, y formó parte del primer Consejo Directivo.

Una de las formas de evaluar el grado de autonomía, de estos intelectuales «científicos» frente a la burguesía local, era su vinculación con el campo intelectual nacional. En el caso de los que compartían como espacio la Facultad de Ciencias Económicas podríamos decir que la mayoría era escasamente autónoma, salvo aquellos como Álvarez o Bielsa que lograban su consagración en el ámbito metropolitano. La creación y consolidación de un espacio académico propio, generaba mayor autonomía para todos frente a la elite, y un reforzamiento de las posiciones de aquellos consagrados, como Juan Álvarez, que podían exhibir el título de «profesor» ante sus pares metropolitanos.

EL CAMPO INTELECTUAL

Los textos y las cartas como tarjeta de presentación

Su primera publicación, fue la Tesis doctoral, titulada «El Gobierno Nacional no puede exonerar del pago de Impuestos Provinciales, a las Empresas Industriales o Comerciales». En el prólogo leemos «La tesis que sostengo, es contraria a la opinión del Congreso, a la de varios ex-presidentes, y a la de casi todos los estadistas argentinos: es pues, inútil, y no convencerá a nadie»²⁶.

Desde el comienzo asume un posicionamiento contestatario y desafiante. Este modo de presentarse puede ser leído como una forma de adquirir cierto tipo de notoriedad, la del polemista. Veamos ahora cómo fue elaborada la tesis: encontramos que su padrino fue Estanislao Zeballos, consultó su biblioteca, entrevistó a Bartolomé Mitre y a Carlos Pellegrini, a quienes cita y discute. El tribunal examinador estuvo formado por Amancio Alcorta, J. J. Montes de Oca, Juan Agustín García, Baldomero Llerena, Joaquín V. González, Raimundo Wilmart y Osvaldo Magnasco entre otros.

²⁵ Miguel Monserrat, había participado también de la suscripción para construir el Hospital del Centenario en 1910, sobre este comerciante local ver: Adriana Pons, «Retrato de un personaje y postales de una ciudad: Miguel Monserrat, catalán, comerciante y banquero en el Rosario de fines del siglo XIX y comienzos del XX», en: Sandra Fernández y Gabriela Dalla Corte, «Sobre viajeros, intelectuales y empresarios catalanes en Argentina», Barcelona, Xarxa temática, Medamérica, Universitat de Barcelona, Universidad Nacional de Rosario, 1998.

²⁶ Juan Álvarez, «El Gobierno Nacional no puede exonerar del pago de Impuestos Provinciales, a las Empresas Industriales o Comerciales». Tesis, Rosario, Librería, Imp. y Enc. Hispano-Americana, 1898, pp. 18-19.

Así, en la presentación y la elaboración de la tesis fue construyendo una red de relaciones cuyo centro era su producción escrita, su saber, su posible sagacidad, y también su pensamiento crítico.

Una estrategia similar siguió con sus publicaciones posteriores. En 1908, en una edición costeadada por su propio bolsillo, publicó *Orígenes de la música argentina*²⁷. En este caso la lista de lectores se multiplicó, pero de cualquier modo fue restringida. Se trató de personas, periódicos e instituciones a las que envió personalmente el libro. Este empieza con un prólogo carta dirigido a Cornelio Casablanca, empresario local, y entre su correspondencia vemos que envió ejemplares del libro a intelectuales españoles como Miguel de Unamuno y Felipe Pedrell, argentinos como Eduardo Wilde, Estanislao Zeballos, Rodolfo Rivarola, y Adolfo Saldías.

Tampoco descuidó el campo del poder, tengamos en cuenta que algunos intelectuales como Zeballos y Wilde, también formaban parte del mismo, pero además le envió un ejemplar a Julio Argentino Roca. También lo recibieron algunos hombres ilustrados de la elite local como el mencionado Casablanca y Santiago Pusso²⁸.

El «resultado» de esas «tarjetas de presentación» fue diverso, en el caso de Estanislao Zeballos, realizó una reseña en la *Revista de Derecho, Historia y Letras*, y publicó el texto en otro número, el musicólogo español, Felipe Pedrell, le envió una carta personal que, con escasas modificaciones, se convirtió en una reseña en el diario español *La Vanguardia*, Adolfo Saldías, polemizó con Álvarez en una carta que publicó en el diario rosarino *El municipio*, y los principales diarios del país, publicaron sendas reseñas, destacándose la realizada por el crítico musical Mariano Barrenechea.

Todo indicaría que Álvarez perseguía un fin muy claro, que era el de instalar su nombre y su pensamiento en el campo intelectual nacional y presentarse como intelectual frente a la elite local. De algún modo la presentación de la tesis, y el libro autoeditado, fueron la «acumulación originaria», en la lucha por la consagración. Esta no llegó inmediatamente después, sino que hubo otro eslabón, que fue la publicación del *Ensayo sobre historia de Santa Fe*²⁹, con sello editorial. Antes de la aparición del libro la *Revista de Derecho, Historia y Letras*, publicó un adelanto, por lo tanto, si bien esta vez utilizó una estrategia similar lo hizo ya posicionado como alguien a quien se estaba dispuesto a escuchar. Confirmando esto Manuel Gálvez,

²⁷ Juan Álvarez, *Orígenes de la Música Argentina*, s/ed., Rosario, 1908.

²⁸ Epistolario del archivo particular de la familia Álvarez.

²⁹ Juan Álvarez, *Ensayo sobre la historia de Santa Fe*, Buenos Aires, Establecimiento tipográfico Malena, 1910.

en una carta personal, comenta que el libro le gustó mucho y lo recomendó, y para su sorpresa ya era conocido³⁰.

La consagración definitiva la logró con su tercer libro *Las guerras civiles argentinas*. El primer éxito de este libro fue cuando logró el segundo lugar del premio nacional de letras en 1914. Este premio fue instituido por Roque Sáenz Peña y su ministro de instrucción pública, Carlos Ibarguren. El primer lugar había quedado desierto, y el segundo lo compartió Álvarez con Carlos Correa Luna, también con un ensayo histórico, y el tercero fue para Manuel Gálvez por *El solar de la raza*. La revista *Nosotros* elogió la decisión del jurado y comentó acerca de *Las guerras civiles*:

«También el Dr. Juan Álvarez es un fuerte temperamento de investigador, en el campo de la historia, al servicio de una mente aguda y genialmente generalizadora. Su *Ensayo sobre la historia de Santa Fe*, menos conocido de lo que debiera ser, es una notable explicación económica de la historia de esa provincia mediterránea, hecha con espíritu libre de todo prejuicio; no menos valiosas son sus otras publicaciones, entre las cuales señalaremos la reciente acerca de la escuela argentina y el nacionalismo; pero donde el distinguido escritor ha puesto mejor a contribución sus preciosas facultades de intuición y de síntesis, es en el Ensayo premiado, sobre las guerras civiles argentinas, novedosa explicación de las mismas, digna de atención y meditación»³¹.

El elogio de *Nosotros* reafirma aún más el carácter consagradorio del premio, ya que se trataba del órgano que marcaba en ese período la agenda de la producción cultural.

El escritor

La carrera intelectual de Álvarez, empieza a adquirir rasgos más definidos en un período como el Centenario, cuando puede hablarse de profesionalización del escritor³², incluso de una credencialización de las actividades intelectuales como

³⁰ Carta de Manuel Gálvez a Juan Álvarez del 06/12/1911. Archivo Familia Álvarez.

³¹ *Revista Nosotros*, año X, N° 91, noviembre de 1916, pp. 285-286.

³² Este proceso en la literatura ha sido abordado por David Viñas en: *Literatura argentina y realidad política II. De Lugones a Walsh*, Buenos Aires, Sudamericana, 1996. (1ª edición 1964); y por Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo en: «La Argentina del Centenario: campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos», en: C. Altamirano y B. Sarlo, *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires, Ariel, 1997. En el caso de la historiografía ver Fernando Devoto, «Introducción», en: F. Devoto (comp.), *La historiografía*

la historiografía y la literatura, a partir de emitirse títulos específicos. Sin embargo los campos profesionales no estaban aún claramente delimitados, particularmente el caso de la historia, la literatura y el ensayo sociológico.

Por ello los primeros libros de Álvarez, podían considerarse los de un escritor en ciernes. Así lo expresaba Manuel Gálvez, en un diálogo epistolar con Juan Álvarez:

«Lo que más me gusta de su libro (se refiere al *Ensayo sobre historia de Santa Fe*) es su aspecto literario y su personalidad. El autor aparece allí tal como es; ha hecho Ud. un libro subjetivo, lo cual es una terrible originalidad tratándose de una obra de historia»³³.

Sin embargo no encontramos en Álvarez el lamento de otros escritores, como Gálvez, por tener que vivir de algo que estaba bastante alejado de las letras, como era la profesión de magistrado. Más bien esta situación, podía ser integrable con sus escritos «mayores»³⁴. Estos trabajos que si bien no eran necesariamente de jurisprudencia, planteaban cuestiones acerca de las tareas de las instituciones estatales, en función de un mejor ordenamiento de la sociedad.

En las décadas del 20 y el 30, Álvarez consolidará una posición en el campo intelectual y científico, asociándose a instituciones como el Congreso Científico Americano, el Congreso Internacional de Americanistas, la Junta de Historia y Numismática Americana (luego Academia Nacional de la Historia), la Academia Argentina de Letras, el National Institute of Industrial Psychology de Londres, etc. En éstas participaba junto a otros miembros de la cultura letrada y científica tanto nacional como internacional.

Sin dudas la década del '30 fue el momento cumbre de su carrera. En esos años fue nombrado miembro de número de la Junta de Historia y Numismática, presidente de su filial Rosario; sus libros (particularmente las *Guerras Civiles Argentinas* en dos ocasiones) fueron difundidos y reeditados, y fue nombrado por el presidente Justo, con acuerdo del Senado, como Procurador General de la Nación, en 1935. El senador oficialista que lo propuso fue José Nicolás Matienzo, quien

Argentina en el siglo XX, Buenos Aires, CEAL, 1993; también los trabajos reunidos en Alejandro Cattaruzza y Alejandro Eujanian, *Políticas de la historia*, Buenos Aires, Alianza, 2003.

³³ Carta de Manuel Gálvez a Juan Álvarez del 6/12/1911. Archivo Familia Álvarez.

³⁴ Nos referimos, básicamente a aquellos que fueron publicados en forma de libro o artículos para revistas especializadas.

había ocupado el cargo antes y conocía la obra de Álvarez. Además el Secretario de Justicia del gobierno, era Rafael Bielsa, con quien trabajaron juntos en la Facultad de Ciencias Económicas, Comerciales y Políticas de la Universidad del Litoral.

En este sentido, la carrera judicial, académica e intelectual estaban mutuamente relacionadas, los logros, consagraciones y éxitos logrados en una repercutían y a veces generaban un efecto multiplicador sobre la otra. La repercusión de un libro suyo o su nombramiento en la Academia, reforzaba el prestigio que había ganado en su carrera judicial. Su posicionamiento ideológico, afín al conservadurismo del régimen de Justo, también ayudó a este nombramiento.

Su designación como miembro de la Academia Argentina de letras, en 1940, presentada por su ex discípulo Carlos Ibarguren, puede inscribirse en esta lógica, ya que fue posterior a su designación como Procurador, y fue presentado por un miembro notable del mundo conservador³⁵.

El discurso de Álvarez, al recibir el nombramiento, habla de la legitimidad o no de su incorporación como miembro de la Academia:

«¿No sería preferible reservar esta casa para aquellos escritores que sólo son escritores, que hacen de eso su verdadera profesión?

Comencemos por los juristas. Si hay arte hasta en modelar cacharros, ¿cómo no ha de haberlo en modelar pueblos? Si se lo consigue moviendo sobre un tablado a pocos actores que siguen dócilmente el apunte del consueta ¿cómo no han de poder producirlo quienes en el amplísimo escenario de la vida manejan multitudes dispuestas a no seguir otro dictado que el de sus pasiones e intereses? Tanto sueña el legislador como el poeta, y aún llevándole ventaja. No logro convencerme de que urdir argumentos novelescos requiera mayor imaginación creadora que la de un Sarmiento evocando la visión de millones de argentinos en marcha hacia el trono del Supremo Hacedor para rendirle cuentas de todo el bien que cobijó hasta la consumación de los siglos la bandera azul y blanca»³⁶.

La pregunta por la legitimidad, está planteada en un momento (1940) en que los campos literarios y científicos estaban ya más diferenciados que en 1916. Sin

³⁵ Carlos Ibarguren, «Discurso de Don Carlos Ibarguren en la recepción de Don Juan Álvarez», en: *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, t. VIII, N° 31, Buenos Aires, julio-septiembre 1940, pp. 317-318.

³⁶ Juan Álvarez, «Discurso de Don Juan Álvarez», en: *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, op. cit., pp. 341-343.

embargo, para Álvarez no existía contradicción, entre escritor, jurista, artista, sociólogo e historiador, todas esas figuras eran fácilmente parangonables y asimilables, en todas el uso del lenguaje era fundamental, y la imaginación también. Es más, por momentos parecería que le da una entidad superior a las creaciones relacionadas con la política y la organización de la sociedad³⁷. En este sentido vemos que en él funcionaba, a pesar de la diferenciación de campos, un paradigma aún decimonónico de intelectual, no especializado sino «creador» al estilo de Sarmiento.

El historiador

La inserción de Juan Álvarez en el campo de la historiografía ha sido calificada de marginal y hasta de transgresora. Muchos de los trabajos historiográficos hablan de cierta «anomalía» de Álvarez. Participó en la *Historia de la Nación Argentina* –publicada en la década de 1930, dirigida por Ricardo Levene–, en el capítulo sobre pesas y medidas y en otro sobre la guerra económica entre la Confederación y Buenos Aires. Previamente a esto, en otra colección de historia argentina, también dirigida por Levene, publicó «Temas de Historia económica argentina», en 1929. La Nueva Escuela Histórica, considerada el primer agrupamiento de historiadores profesionales, lo ubicó como historiador económico. Sin embargo, el propio Álvarez se posicionó por fuera del mundo de los historiadores cuando en el texto de *Temas* plantea que de algún modo se propone corregirles sus errores en economía:

«No concibo cómo pueda ahondarse el estudio de la historia económica de nuestro país, sin conocer la equivalencia actual de las monedas que antaño se utilizaron, pues si se prescinde de tal equivalencia, tórnase un enigma los precios de las mercancías y los salarios de las personas»³⁸.

Más adelante explica las posibles inexactitudes de las cifras por el público al que se dirige: «Todo ello va presentado, no como verdad matemática, sino a título de aproximación suficiente, *pues no escribo para cambistas sino para historiadores*»³⁹.

Como decíamos al principio, Halperin Donghi, señalaba que la mirada de

³⁷ Probablemente sea una prueba más de el espíritu práctico que dominaba en la ciudad, y al que Gálvez criticaría ácidamente en *El Diario de Gabriel Quiroga*.

³⁸ Juan Álvarez, *Temas de historia económica argentina*, t. II, Biblioteca de Historia Argentina y Americana de la Junta de Historia y Numismática, dirigida por Ricardo Levene, Buenos Aires, El Ateneo, 1929, p. 11.

³⁹ Ídem, p. 12. El destacado es nuestro.

Álvarez sobre la historia no era la del simple erudito, sino que veía la historia como una herramienta para entender y explicar el presente. La excepcionalidad en este aspecto de la obra de Álvarez, podría ser considerada válida si la ubicamos exclusivamente dentro del campo historiográfico. Pero, considerando sus intenciones sociológicas, y lo que significaba el término sociología y las ciencias políticas y sociales, a principios de siglo, podríamos decir, con mayor precisión, que se malogró una oportunidad para la historiografía en los términos que la entendían algunos miembros de la Nueva Escuela Histórica.

Horacio Cuccorese también señala el costado «pragmático», según su propia definición, de la obra de Juan Álvarez. A diferencia de Halperin, considera que este aspecto, es, en realidad un obstáculo para que se lo considere un historiador en el pleno sentido de la palabra. Retomando una expresión de Emilio Ravignani, lo acusa de abusar de «sofismas de generalización», más propio de sociólogos que de historiadores. A manera de disculpa, señala que su obra más importante, *Las Guerras Civiles Argentinas*, fue escrita en 1914, momento en el cual la Nueva Escuela Histórica no había impuesto aún las reglas de la profesión de historiador. De esta manera, lo considera un precursor valioso de la historiografía económica y social, en línea con los trabajos anteriores de Juan Agustín García⁴⁰.

Mas contemporáneamente, Sandra Fernández también ensaya incorporarlo en el campo historiográfico, y la explicación de su anomalía con respecto a la producción historiográfica dominante la da en parte su inserción periférica en los lugares de expectancia de la disciplina, como las cátedras de la Universidad de Buenos Aires:

«Álvarez no fue reconocido expresamente por sus contemporáneos o por los estudios posteriores, como miembro de la Nueva Escuela Histórica. Álvarez es un intelectual periférico al centro de discusión histórico, que ni aun en sus escritos anteriores al Centenario es recuperado de forma conjunta con otros pares, emulados y a la vez combatidos por los miembros de la Nueva Escuela, como Groussac, Quesada, Ramos Mejía»⁴¹.

⁴⁰ Horacio Cuccorese, *Historia crítica de la historiografía socioeconómica argentina del siglo XX*, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 1975. Capítulo II: «La vertiente económica y social. Juan Álvarez», pp. 77-120.

⁴¹ Sandra Fernández, «Juan Álvarez y la ciudad que no pudo ser. Ensayo histórico y análisis comparativo de la historia local y regional desde el texto Buenos Aires», en: E. Sonzogni y G. Dalla Corte (comps.), op. cit.

Acordamos con la afirmación de la autora acerca de que no fue considerado como miembro por la Nueva Escuela. Sin embargo, entendemos que hubo un reconocimiento temprano a su trabajo intelectual, por parte del mundo historiográfico. Un indicio de ello es su inserción en espacios importantes, como la Junta de Historia y Numismática, a propuesta de Martiniano Leguizamón, en 1915. Éste, había propuesto el ingreso como miembros correspondientes, a algunos *escritores regionales* entre los que se encontraba Juan Álvarez en mérito a sus investigaciones sobre cuestiones regionales⁴².

Veamos ahora lo que pensaban de él los historiadores que fueron sus contemporáneos. Rómulo Carbia, consideraba que Álvarez no era estrictamente un historiador, y lo calificaba de «Ensayista genético», pero reconocía que se lo podía admitir como alguien cercano a la profesión. La primera edición del libro de Carbia es de 1925, y lo mencionaba en principio en las historias regionales, de las cuales rescataba la de Cervera, la de Saldías (Buenos Aires), la de Pérez Colman (Entre Ríos) y la de Álvarez (Santa Fe). De todas ellas reivindicaba su alejamiento del modelo de crónica política:

«El Libro de Álvarez (se refiere al *Ensayo sobre Historia de Santa Fe*), por último, inicia entre nosotros el tipo de historia regional. Su Ensayo por eso, no es en manera alguna una crónica. Trasciende sus límites para llegar al campo natural y propio de la visión genética. El doctor Álvarez trata de precisar en su Ensayo, cuáles han sido las fuerzas, morales y materiales, que dinamizaron la vida de la provincia de Santa Fe, en todo el período de su historia, cuidando para ello de contemplar la universalidad relativa del hecho típico local. Esa sola circunstancia le coloca fuera del núcleo de los simples cronistas. En definitiva, su libro es el de un ensayista al que sólo debí considerar aquí en razón de tratarse de una monografía enfocada sobre un tema circunscrito y localísimo, aunque el autor no desee entenderlo así»⁴³.

Los ensayistas genéticos, eran los que Carbia más reivindicaba. Entre los precursores se encontrarían Gorriti y Echeverría, y entre los más contemporáneos, Ernesto Quesada, Juan Agustín García y Juan Álvarez:

⁴² Ver Aurora, Ravina, op. cit.

⁴³ Rómulo Carbia, *Historia crítica de la historiografía argentina*, Buenos Aires, Imprenta y casa editora Coni, 1940 (1ª edición 1925), p. 184. Utilizamos esta edición ya que la de 1925 dice exactamente lo mismo.

«Su tendencia hacia la sociología es franca. Trabaja en base a datos éditos, que toma sin mayor beneficio de inventario, dando preferente atención a las cifras estadísticas. Como su objetivo es sociológico –el mismo dice que trata de conocer el pasado para explicar el presente– antes que hacer exhibición orgánica de hechos se preocupa de comparar épocas, casi siempre acordando mayor jerarquía a los fenómenos económico. El trabajo es honesto, pero no creo que sea de los que pueden considerarse definitivos. Con todo no podrá jamás desconocerse que ha sido el doctor Álvarez quien mejor ha visto, aunque sincréticamente, algunos aspectos de nuestra era anárquica. En este sentido un libro suyo: *Estudio sobre las guerras civiles argentinas* (Buenos Aires, 1914) es también un ensayo sociológico

[...] A mi entender, el ensayo de Álvarez, en virtud de ello, vendría a ser útil complemento de *La época de Rosas* de Quesada, libros ambos que han preparado, ya, la nueva visión de nuestra edad media nacional, que los estudiosos de ahora reconstruirán en base de una labor historiográfica alejada de todo prejuicio y de toda bandería. Y haber contribuido a ello, importa, por eso sólo, un mérito que la posteridad está obligada a acreditar en favor del ensayista.

El mejoramiento de la tendencia genética lo ha venido a realizar la nueva escuela histórica, conciliando la erudición menuda con los postulados que formula Berr en lo relativo a las grandes síntesis historiográficas»⁴⁴.

En definitiva, Carbia lo veía como un precursor del proyecto de la Nueva Escuela Histórica, pero con «desviaciones» sociológicas. Tengamos en cuenta además que la calificación de sociólogo en ese momento era atribuible a intelectuales como J. A. García, E. Quesada y J. M. Ramos Mejía, que pertenecían a la generación anterior a la de Álvarez.

Revisemos cómo el propio Álvarez se autodefinía o más precisamente definía sus escritos; así, por ejemplo *Orígenes de la música*, lo considera como una especie de ensayo sociológico. El libro inmediatamente posterior, *Ensayo sobre la Historia de Santa Fe*, precisamente desde el título, anuncia que se propone algo distinto de una «Historia de Santa Fe» que por otra parte ya había sido escrita por Cervera. Se estaba proponiendo una interpretación de la realidad santafesina, entendida como síntesis de la realidad litoraleña y del país. Si bien respeta la premisa de que un buen libro de historia debe tener citas a fuentes originales, gran parte de la información la toma de otros historiadores como Cervera y Saldías.

⁴⁴ Rómulo Carbia, op. cit., p. 279.

Algo parecido se podría decir de su *Estudio sobre las guerras civiles argentinas*, se trata de un libro que no respeta la narrativa tradicional del género historiográfico, ya que está planteado en términos de problemas de interpretación, en los que introduce la geografía, la economía y la sociología, agregando un análisis del tiempo presente.

Una opinión distinta a la de Carbia, la expresaba otro miembro de la Nueva Escuela, Narciso Binayán, quien lo invitó a formar parte de la flamante Sociedad de Historia Argentina (SHA), en 1936. La SHA editó una serie de libros, entre ellos una reedición de *Las Guerras Civiles argentinas* junto con *El problema de Buenos Aires*, en 1936, con un extenso prólogo del mismo Binayán:

«La obra de Juan Álvarez, poco conocida por el público, representa uno de los valores más altos de la actual historiografía argentina. Su *Estudio sobre las guerras civiles argentinas*, señala —con *la Representación de los hacendados* de Molinari y el *Don Baltasar de Arandia* de Correa Luna— el momento auspicioso en que se inauguran los nuevos estudios históricos argentinos, siguiendo las huellas sabias de Fragueiro, Groussac, Quesada, García y Ramos Mejía. Todos ellos partieron del documento, como quieren los honestos artesanos de la historia, pero añadieron lo que no es fruto del esfuerzo físico ni de la fortuna cinégetica: la crítica y la interpretación del documento, además, utilizaron los documentos, no sólo los usaron: vieron el documento —humilde trocito de un puzzle recortado por el tiempo y el azar— no como un fin sino como un medio: articulando documentos hicieron historia. Así resulta la verdadera historia —como la hizo Fustel de Coulanges, el historiador arquetípico— a igual distancia de la «filosofía de la historia» y de las rapsodias documentales.

Después Álvarez publicó otro libro, Buenos Aires, continuación del antes mencionado: en el primero hizo historia, en este hace política: dos perspectivas del mismo hecho. Al dar los dos libros en un tomo, la Sociedad de Historia Argentina reafirma su concepto de la historia: no es pragmática, debe ser estudiada *sine ira et studio*, pero la historia de ayer ilumina la historia del presente, es decir, la política. Historia *magistra vitae*, a pesar de los metodólogos *científicos*»⁴⁵.

Narciso Binayán no sólo rescataba, sino que proponía la historiografía de Álvarez como modelo, lo que podría demostrar que en el punto de «no conexión con el

⁴⁵ Narciso Binayán, «Prólogo»: en: Juan Álvarez, *Las guerras civiles argentinas y el problema de Buenos Aires en la República*; Buenos Aires, Sociedad de Historia Argentina, 1936. p. VII.

presente» no había una opinión unánime en el campo de los historiadores, como prerequisite de un libro de historia.

En una conferencia leída en 1928, ante la Junta de Historia y Numismática, Álvarez ensayaba una autocrítica de *Las guerras civiles*, al mismo tiempo que planteaba su idea de la historia. Allí, si bien considera como legítima la superación de la biografía en los estudios históricos, también reconocía haber cometido el error de sobredimensionar las determinaciones económicas y sociales en la historia. Este discurso, como señala Oscar Videla, es una forma de «concesión» para poder ocupar un lugar en la corporación de historiadores. Esto se puede corroborar cuando plantea una filiación de su concepción de la historia en trabajos de la Nueva Escuela como los de Ricardo Levene y la sección historia de la Facultad de Filosofía y Letras:

«Empero, no podría negarse que aquellas doctrinas han ejercido gran influencia en las orientaciones de los historiadores argentinos, desviándolos del estudio del hombre como valor individual. En el prólogo al tomo V de la *Colección de documentos para la historia argentina*, el talentoso Luis María Torres, cuya actuación ha dejado y seguirá dejando tan honda huella en el campo de las investigaciones históricas, anticipó el Plan a que deberían ajustarse en lo sucesivo los trabajos de la sección Historia de la Facultad de Filosofía y Letras; y al hacerlo declaró haber atendido primero a las cuestiones generales, entre ellas al factor económico»⁴⁶.

Esta filiación y el elogio a Luis María Torres, son indicativos de que el ámbito de los historiadores era uno al que Álvarez quería pertenecer. Pero esa pertenencia, no era buscada para ser un estudioso aséptico sino para que la producción historiográfica tuviera algún tipo de aplicación práctica:

«No concibo se coleccionen hechos simplemente para cimentar reputaciones de especialistas; no concibo se estudie historia para no aplicar sus enseñanzas; en una palabra, no concibo la historia sin objeto. En un país como el nuestro, ningún hombre culto tiene el derecho de ignorar cuáles fueron las experiencias que nos legó el pasado»⁴⁷.

⁴⁶ Juan Álvarez, «El factor individual en la historia», en: *Boletín de la Junta de Historia y Numismática americana*, vol. V, Buenos Aires, Junta de Historia y Numismática Americana, 1928, p. 144.

⁴⁷ Ídem, p. 145.

En 1929 Álvarez asumió la presidencia de la filial rosarina de la Junta, tarea que desempeñó reuniendo a los interesados locales como Calixto Lassaga, Antonio Cafferata y Julio Marc, la mayoría de ellos alejados de las preocupaciones de Álvarez. Más bien se trataba de aficionados, reclutados dentro de la fracción ilustrada de la elite local, preocupados muchas veces por temas más vinculados al coleccionismo y la numismática (como en el caso de Julio Marc) y a las efemérides (como Cafferata).

Desde este espacio Juan Álvarez trabajó en todas las tareas que podía desempeñar la Junta, desde conferencias, tertulias, con figuras locales y nacionales, hasta el proyecto de realizar publicaciones sobre la historia local. Como señalan Nora Pagano y Miguel Galante⁴⁸ éstas, junto con la evaluación de las conmemoraciones y el emplazamiento de los monumentos históricos, eran tareas que los historiadores profesionales, particularmente los nucleados en la Junta realizaban.

Precisamente dentro de esas tareas de historiador se enmarca su intervención por el emplazamiento del monumento a la bandera, que fue hecho por pedido expreso de la Junta en 1941. Este pedido muestra una vez más el reconocimiento de los historiadores «profesionales» hacia Juan Álvarez, esta vez como experto en la historia local.

Vemos que la inserción de Juan Álvarez entre los historiadores contemporáneos a él, es problemática, tanto por la visión de sus posibles colegas como por la definición de sí mismo en sus escritos. La historia para el autor era una herramienta para entender el presente, pero a la hora de utilizarla lo hacía con un cuidadoso respeto de las reglas profesionales.

ALGUNAS CONCLUSIONES

Comenzamos este trabajo, analizando la formación de Juan Álvarez en el seno de su familia y en la universidad. En el primer caso, destacamos la influencia de su padre, Serafín Álvarez, tanto en su formación cultural, como en la herencia simbólica. La Universidad Nacional de Buenos Aires, contribuyó a formar en Álvarez y otros de su generación la idea de que a partir del estudio de las ciencias sociales se podían encontrar soluciones a los problemas del país. En este ámbito

⁴⁸ Miguel Galante y Nora Pagano, «La «nueva escuela» histórica: una aproximación institucional del Centenario a la década del 40», en: Fernando Devoto (comp.), *La historiografía argentina en el siglo XX*, Buenos Aires, CEAL, 1989.

se forma su posicionamiento como intelectual que basa su autoridad en el saber científico.

La ciudad de Rosario representó para Juan Álvarez un lugar de reconocimiento, dentro de su elite, al mismo tiempo que una base o plataforma de lanzamiento de su figura como intelectual con proyecciones en el campo nacional. Además fue un espacio desde el que se propuso ejercer la función de intelectual como un servicio a su comunidad. Esto queda demostrado en su participación, como miembro y a veces como realizador, en las instituciones y espacios de sociabilidad de la burguesía.

La Universidad Nacional del Litoral fue un espacio desde el que Álvarez podía exhibir su posición de profesor frente a sus pares metropolitanos, y al mismo tiempo desarrollar su autonomía como intelectual frente a las elites locales.

En sus primeros textos vemos una estrategia de inserción dentro del campo intelectual y político contemporáneo, ellos funcionaron como verdaderas «cartas de presentación», que fueron formando un prestigio que alcanzó también el campo del poder, sirviéndole en el ascenso de su carrera judicial.

Si consideramos las imágenes que tuvieron de él sus contemporáneos vemos que, para algunos era un escritor malgrado, para otros un historiador que, por no cumplir estrictamente con las reglas de «asepsia» de la profesión, no llegaba a ser un profesional de la historia. Esta faceta, ha sido evaluada en sentido positivo y en sentido negativo. Su propuesta «pragmática», era un punto nodal también de su concepción de la historia, por lo que en sus primeros trabajos se plantea como sociólogo, en el sentido que se entendía la sociología en la Argentina de principios de siglo.

Por este motivo consideramos que podríamos relativizar su inserción en la historiografía, ya que su objetivo en la escritura lo acercaba a los ensayistas decimonónicos, pero lo alejaba de ellos la búsqueda sistemática, y, en este sentido, profesional que realizaba a través de la investigación histórica.

Juan Álvarez eligió la historia como la herramienta intelectual que consideró más idónea para entender la realidad y transformarla. Esta elección, se debió en gran medida a que, dentro de las ciencias sociales, fue la disciplina que más desarrollo científico e institucional fue construyendo en la contemporaneidad del autor. Esto era importante en alguien que, más allá de los cambios ideológicos que pudo tener, siempre consideró que la solución de los problemas sociales y políticos, tenían que tener una base racional y científica.

Finalmente, entendemos que para hacer una lectura contextualizada de la obra

de Juan Álvarez, también deberíamos considerar su trayectoria en el poder judicial. Esta fue su inserción en el campo del poder, al que hemos hecho mención a lo largo del trabajo, pero requeriría un estudio particular. Esto permitiría una comprensión mas completa de la obra de un intelectual cuyas preocupaciones se centraron en una realidad sociopolítica, en la que también intervino como funcionario público.

Registro bibliográfico

GLÜCK, MARIO

«Juan Álvarez (1878-1954). Elementos para una biografía intelectual», en: ESTUDIOS SOCIALES, *Revista Universitaria Semestral*, año XIX, N° 36, Santa Fe, Argentina, primer semestre, 2009, pp. 117-141.

Descriptores · Describers

Juan Álvarez / biografía / campo intelectual / elites / Rosario

Juan Álvarez / biography / Intellectual field / elites / Rosario